

HYMNI TREDECIM. (G,S)*

HYMNUS PRIMUS. De ratione temporum.

El año solar se compone de cuatro estaciones, y luego se completa en doce meses. Corre en cincuenta y dos semanas, trescientos sesenta y cinco días. Pero exceptuando la cuarta parte de la noche y del día, que se observa que sobra en la serie de los días. Después del término de cada cuatro años, los calculadores decidieron añadir el bisiesto. De aquí se diversifican las largas latitudes de los años, algunos de los cuales son embolismales, otros comunes. El año breve, que se llama común, siempre se termina en doce meses solares. Sin embargo, el largo, que se llama completamente embolismal, se compone de trece cursos lunares. El ciclo del año breve se completa en trescientos cincuenta y cuatro días. Pero el año lunar largo, al final de los días, se contiene en trescientos ochenta y cuatro. En el orden de uno y diez días, el año breve es superado por el curso del año solar. El embolismal, en cambio, se observa que sobresale en el curso del año solar por nueve y diez días. Y por esta abundancia de su incremento, los más largos compensan la escasez de los más breves. Luego se establece un tiempo cierto de diecinueve años, en el cual se extiende el término lunar, en el que los cursos de la luna se replican de manera sutil, doscientos treinta y cinco ciclos. De aquí y de allá, como exige la razón que debe perseverar, el día del salto se inserta en el espacio por partes. Dentro de este espacio mencionado, los días del sol y de la luna tienen siempre un peso igual de partes. La parte de este ciclo se llama ogdoada anterior, y luego se llama hendecada ulterior. A la ogdoada se asignan los primeros ocho años, a la hendecada se destina la serie de los restantes. En este curso se hacen doce años más breves, y los años más largos se cuentan siete veces. Tal ciclo de años, cuando se extiende, vuelve al mismo curso lunar. Pero la serie solar no regresa al mismo punto hasta que los años se revuelven veintiocho veces. Completado el tiempo solar mencionado, se inclina sin ninguna resistencia. Así, con estos cursos alternos recíprocos, los tiempos del sol y de la luna se diversifican. Pero después de los primeros inicios de los años, quinientos treinta y dos espacios, en este ciclo por el concurso de las luminarias celestiales, se manifiestan las fiestas de los días pascales. Este ciclo, extendido a través de la vasta vertiginosidad de los años, vuelve al mismo origen (como he dicho). Muchos han escrito círculos de Pascua largos, breves, variados en comprensión, excepto este. Los cuales dispongo pasar por el bien de la brevedad, de los cuales también conocemos la habilidad numérica. Al que creó el alto cielo, la tierra y los mares, gloria al Rey por los siglos eternos, a Dios solo. Amén.

HYMNUS II. De celebritate quatuor temporum.

En ciertos tiempos se extiende el año en cuatro partes. El mismo cálculo triplicado explica los meses. De aquí se deduce que cada tiempo abarca tres meses, los cuales los antiguos padres establecieron para celebrar ayunos votivos a Dios durante tres días. Me pediste, querido, que te explicara las causas de estos. Pero preferiría que buscaras tales cosas de otros, que pudieran exponerlas con un discurso más amplio. Pues no tengo ninguna abundancia de palabras, ni puedo escrutar el sentido de este misterio. Y aunque parezca que decimos algo correcto, somos ridiculizados, despreciados, escupidos, lacerados. Por eso he decidido guardar silencio sobre tales asuntos. Sin embargo, la sabiduría del supremo Juez no es desconocida, quien exigirá con ganancia los talentos de la palabra confiada, viniendo en majestad. Los que reporten ganancias penetrarán en las alegrías del reino. El siervo inútil será entregado a las tinieblas exteriores. Considerando esto, temo ocultar lo que la Gracia del Omnipotente otorga para la utilidad de muchos. Por lo tanto, recibe lo que has decidido preguntar, y ora diligentemente para que se diga correctamente.

Ya había dicho que cada tiempo abarca tres meses, y celebrar tres días en uno. Y que se recorta el exceso de comida y bebida. Por lo tanto, compón tres meses con el mismo número de días. Para que por cada mes corresponda un día. Sin embargo, no se celebran al principio ni al final del mes, sino que el medio está dedicado a esto. Así, une el mes pasado y el siguiente, para que se enlace con el néctar cercano. Quizás también preguntes cuáles son los meses y los tiempos. Los tiempos que la antigua sanción asigna a tales oficios se llaman primavera, verano, otoño e invierno.

Los ayunos de marzo consagran la templanza de la primavera, y brillan como flores en el sexto mes. Junio refresca el calor del verano con esta agua. Refrenando al mismo tiempo el incentivo del tiempo y de la carne. ¿Con qué fruto mejor que con las espigas canta el otoño? Septiembre enriquece con un regalo similar, más agradable que la fiesta de Baco. Advirtiéndolo con la cosecha ya recogida alabar al dador. El último del número, llamado por la lluvia, embellece el tiempo invernal con la misma guirnalda. Y aunque el campo se congela con duras heladas, se cree que ciertamente el cielo se despeja con serenidad. Y advierte a los terrenales que acusen a Cristo con piedad. Este cielo también, regado con rocío agradable, destila justo en los campos con nubes benéficas. Y ningún fruto que la tierra produzca para los animales, la tierra viva produce salud. Y aunque sabemos que el alma se engorda con estos manjares, y que todo esto se hace por causa de la vida futura, nadie podrá recorrer la colina comenzada si faltan los alimentos del camino y los gastos del trabajo. Sin embargo, no se deben pedir a otro que no sea el autor, ni nos prohíbe pedirle esto, pero debemos usar estos medios para disfrutar del verdadero éter. Por lo tanto, primero se deben buscar las ventajas del alma, después las serias de la vida presente. Sin las cuales el cuerpo humano no puede subsistir. Sin embargo, no debemos ser impedidos por los superiores. Y como estas cosas vienen en tiempos ciertos, también el dador debe ser alabado en los mismos tiempos, aunque su alabanza nunca debe ser silenciada.

La primavera es el principio del año, también el principio del mundo. La primavera empuja las semillas de todos los frutos desde los campos, viste el bosque con follaje, adorna la tierra con flores. Ya las gemas de la vid alegre brotan en el sarmiento. Entonces los rebaños regresan a los pastos y pastan la hierba, el Creador ordenó que estas cosas sirvan a nuestros usos. Por lo tanto, que la devoción del siervo sirva al Creador, quien dio estas cosas en los campos, para dar eternamente en las estrellas.

El verano incita a las guerras, las naciones se mueven en verano. Para que, al ser reprimidas, disfrutemos de una paz tranquila, y podamos dedicarnos más libremente a Dios con una mente segura. La piedad de la Iglesia pide diligentemente por los hijos. El verano disipa todas las nubes y serena el mundo, corta los prados, almacena el grano y rompe los graneros. Por lo cual es justo rendir las máximas gracias al autor.

El otoño cubre las colinas con uvas pacíficas, agradables a la vista, dulces al gusto y al tacto. Las prensas destilan un licor agradable de las uvas prensadas. Recoge las manzanas del árbol, las guarda en las bodegas. Estas cosas las produce la tierra fértil, pero por mandato del Omnipotente. Los que olvidan al Creador y el futuro siglo, y no tienen esperanza en el cielo superior después de esto, llenan sus vientres con abundantes bebidas y comidas. Considerando esta parte como el mayor regalo, es adecuado que los cristianos celebren banquetes frugales. Y que insistan con votos y oraciones continuas, rogando al Padre con súplicas para que estas cosas sean ayuda en el camino, no pongan premios. Que estas cosas se confieran solo mientras se necesite su uso, pero que aquellas se guarden en el cielo, sin las cuales nadie es bienaventurado.

Finalmente, con la tierra endurecida por el frío invernal, agotada de frutos, y ya no soportando la azada. No hay honor en los campos, ya no hay belleza de flores. El invierno invita a los perezosos al fuego acogedor, sugiriendo ocio, lujo, bebida y comida. Conviene refrenar esto con oraciones y una dieta frugal, castigar las tentaciones de la carne con el ayuno del vientre.

Dije que los ayunos están separados por sus tiempos, para que esta observancia santa también conduzca a las cosas caducas, mientras estamos atados por el estrecho grillete de la carne. Aún queda algo más sagrado por insinuar. La Iglesia no tiene la costumbre de consagrar ministros en otros meses, ni en otros días, para que, purificados por ayunos agradables a Dios, asuman más dignamente los oficios del altar sagrado. Sin embargo, este uso no fue encontrado por arte humana, sino que los príncipes de la Iglesia, el sagrado senado, el colegio apostólico lleno del Espíritu Divino, lo instituyó y lo transmitió como sagrado para ser mantenido. Pablo, destinado desde hace tiempo al honor apostólico, y Bernabé, si se le llama así por tal auspicio. Pues la Escritura verazmente refiere que ellos, habiendo ayunado primero con oraciones, fueron llamados a esto, y la multitud de los piadosos los acompañó con el mismo voto, imponiéndoles las manos, los envió como doctores al mundo. El Espíritu Santo, viniendo también desde la corte celestial, llenó a los que encontró ayunando y orando.

Por lo tanto, la fe devota de la Iglesia desea que este uso también esté presente para sus ministros. Sin esto, nadie puede ministrar dignamente a Dios. Ni a Dios le agrada ninguna víctima que no sea quemada con tal fuego, ni de otra manera exhala un olor agradable para Él.

En un asunto tan importante, tampoco se cree que el orden de los días esté vacío de misterio y número. Qué bien se resuelven los ayunos de los cristianos en tres días, quienes confiesan la Trinidad en personas y la unidad en deidad. Ni menos sagrado es el orden en tales hechos. Pues el cuarto, sexto y séptimo día se consideran con alguna razón para los sagrados oficios, pero llamando al cuarto y sexto como los primeros, tomamos el nombre de la ley antigua del sábado. La edad antigua llamaba a estos días de Mercurio y Venus, venerando las maravillas de los falsos dioses, y a Saturno como el padre de los dioses.

En el cuarto día, el traidor cruel hizo un pacto con el pueblo impío para entregar a Cristo, lo que alegró a los inicuos. Cuando el mundo se regocija, es apropiado que los fieles se entristezcan. Y cuando ellos se alegran, es necesario que estos se entristezcan. En este día devoto, la congregación de Cristo ayuna. Cuando la cohorte iniqua conspira en la sangre de Cristo, estos deben luchar con oraciones, mientras aquellos luchan con fraudes.

En el sexto día, creó y restauró al hombre caído. Aquí y allí, el Creador de todo rebosa de piedad, y no niego que quizás pecó el mismo día, y fue expulsado de la sede paradisíaca. Por lo tanto, en este día, es más necesario refrenar la lujuria de los alimentos, que con la muerte se castigó la lujuria de los alimentos. También es adecuado mortificar los miembros terrenales redimidos en este día, en el que se vivifican con la muerte del Autor.

El séptimo día requiere ayunos castos con oraciones. En este día, el coro sagrado del orden apostólico, lamentando la injusta muerte del piadoso maestro, prolongaba los ayunos hasta la noche sagrada, esperando al resucitado como Él mismo había predicho. Desde entonces, esta saludable costumbre eclesiástica ha fluido, que los siervos de Cristo ayunen cada sábado, y esperen a su Rey regresando del sepulcro, cargado con los despojos del Aqueronte. Esto

sobre la serie sagrada de los días es suficiente para decir, ahora para adaptarlo a los ministros de la Iglesia.

Es conveniente que aquellos que se acercan al altar en estos días, las seis edades de este siglo discurren en orden cierto, de las cuales la cuarta se sabe que prevaleció especialmente la ley y los profetas, cuyo conocimiento siempre debe acompañar a los ministros del altar. Los padres previeron que esto mismo significara. Pues por esto se duplica la lectura en los sagrados oficios en el cuarto día siempre, a través de todos los tiempos.

En la sexta edad, Dios vino a visitar este mundo hecho hombre, en el cual concuerdan la ley y los profetas. Esto se señala en el único día en que se lee la lección en el sexto, el séptimo cuando tiene seis, titula doce. En la ciudad de Roma, que se dice cabeza del orbe, debido a los pueblos de diversos idiomas que fluyen en la ciudad, se leen tanto en lengua griega como romana. Así se sabe que se hacen doce de seis. No con sentido diverso, sino solo con sonido diferente. En este mismo día, la bendición se confiere con la boca del prelado, el sacerdote tiene la forma de Cristo, el colegio apostólico está presente en el mismo número de lectores, difundiendo las doctrinas celestiales en diversas lenguas.

El séptimo día, el Espíritu Divino, las figuras, los siete carismas del mismo Espíritu, pues el profeta homónimo de Jesús lo describe desde entonces. Por lo tanto, Cristo mismo bendiciendo a sus ministros, marca sus corazones con un don espiritual. Sin embargo, por qué el Espíritu Santo se señala con este número, nuestras lenguas de ayuno no pueden decirlo. Pero Él mismo suele desatar las lenguas humanas de los que tartamudean, para que puedan pronunciar correctamente las palabras. A quien todas las cosas creadas alaban con su propia voz, cómo se adapta este cálculo a Él, para que se digne revelarlo fielmente, lo diré. Sin embargo, ruego que Él mismo guíe el estilo, la mano y el habla, para que nuestro discurso pueda expresarse dignamente.

No veo, sin embargo, que divida la sagrada heptada, permanece indivisa, porque rechaza partes iguales. También hace unánimes a aquellos que el Espíritu llena. O porque las edades discurren en siete días. El Espíritu se muestra llenando con todo tipo de dones a aquellos que juzga dignos de su majestad. Pero finalmente volvamos a lo que dejamos por un momento, y digamos por qué el séptimo día se elige para una obra tan grande, o qué significa este número.

Vemos que cuatro y tres forman siete, cuatro elementos componen el cuerpo, tres señalan el alma que fluye en triple razón. Pero el cuerpo unido al alma forma al hombre. Por lo tanto, cuatro y tres se unen para formar al hombre, pero tres de los superiores fluyen hacia los cuatro inferiores. Lo que viene de los superiores vivifica poderosamente lo terrenal, pero solo si esta unión se mantiene bien unida. Y tres se convierten en siete unidos a cuatro. Cuando el hombre exterior y el interior se conjuran amigablemente, y la mente, subyugada por la peste de los vicios, gobierna, y el cuerpo de barro sirve para todo, aquí el ministro ofrece ofrendas agradables al Señor.

Tres también pueden representar los símbolos de la fe, pues confesamos que creemos en la Trinidad y en la unidad, Trinidad en personas, unidad en deidad eterna. Pero cuatro se apoyan en tantas virtudes, en las cuales permanece la vida fiel de cualquiera. Por lo tanto, cuatro permanecen para hacer lo que debe hacerse y ejercitan al cultivador de la fe para que no se adormezca en el ocio. Pero tres para lo que hace cualquier trabajo. Por lo tanto, cuatro necesitan tres, y tres necesitan cuatro.

Nadie puede agradar a Dios sin fe, ni agrada a quien lo confiesa solo con palabras. Pues la fe está muerta si no la acompaña la acción. Pero que tres se unan con cuatro por derecho, que la fe se armonice con la obra, y la obra con la fe, para que después, en una hermosa unión, produzcan la paz septenaria para las edades futuras. Pues el séptimo día se llama descanso del Creador, y los ministros sagrados siempre deben desearlo, suspirando por él con actos y fe, siempre advertidos por el sagrado eje de los números.

El ministro del dogma apostólico también debe ser, no ajeno al número que se designa de la misma manera, multiplicado en sus partes alternas. La cumbre del honor apostólico señala doce, ya sea que digas cuatro veces tres, o tres veces cuatro, por un camino diverso llegarás al mismo. Por lo tanto, el séptimo se completa con sus doce partes, y con razón, de la manera en que el orden apostólico primero mostró excelentemente los siete carismas al mundo. Por lo tanto, el día elegido para tales asuntos exhorta a los ministros a mostrarse dignos, con la doctrina de la fe y el don espiritual.

La musa cansada se apresura a romper el final continuo, pero pocos días reluctantes llaman al poeta de regreso, aún nos detienen los no despreciables ocios del sábado, que nos obligan a exponer causas tan grandes, por qué no nos es lícito consagrar en otros días. Pues un nuevo error ha surgido recientemente en nuestro clima, al cual me veo obligado a responder: Nuestros pontífices, en el día en que Cristo resucitó del infierno, intentan celebrar estas solemnidades. Si no hubiera ninguna causa que pudiera ser devuelta, la autoridad de la antigüedad de los padres debería ser suficiente, pues está claro que asignaron siempre el día del sábado para estos oficios, y también el tiempo vespertino. Pues consideraron justa esta hora del tiempo. El sacerdote debe tratar con la víctima piadosa en el tiempo en que la misma fue sacrificada sobre el altar de la cruz. Pues estos sagrados requieren que estén ayunando. No deben celebrarse en el día en que la vida resucitó, pues el ayuno en ese día es costumbre eclesiástica, ya que se dice que es vergonzoso que los redimidos se entristezcan cuando su Redentor resucita de la muerte vencida. Por lo tanto, en la tarde, cuando estas cosas lo requieren, y en el día mencionado, es un pecado que cualquiera de los cristianos ayune, se debe buscar otro día para esto, y ninguno me parece más adecuado que el sábado precedente. Pues en este, considero que los siervos deben estar vigilantes y sobrios, también piadosos con abundante generosidad, esperando al Cristo victorioso del sepulcro, y preparando ministros dignos para su encuentro.

Tampoco nos pase por alto que el séptimo día está justamente dedicado a estos sagrados por la antigua costumbre, pues el mismo cálculo responde a los mismos grados. Estos son los siete grados que se consagran en este día, que porque sería largo exponer, solo diremos los nombres, ya que evitamos largas molestias: Clérigo y lector, exorcista y acólito, subdiácono, levita y presbítero mismo. Decimos que el pontífice no está sujeto a esta ley, pues debe ser consagrado en el día festivo, especialmente en el que Cristo resucitó alegremente, ya que parece llevar la persona de Cristo en la Iglesia. Por lo tanto, es más correcto que este sea elevado en el día en que Él resucitó de la muerte, para que así alivie ahora el dolor de la Iglesia, como entonces disipó el temor apostólico. Y como Él resucitando alegró a sus amigos, así ahora consuele a sus alumnos. Pues es evidente que cuando el obispo parte de aquí, es necesario que los miembros se entristezcan por la ausencia de la cabeza. Y cuando se reforma por la suerte divina, todos se alegran con el dolor dejado, como si recibieran a Cristo resucitando del sepulcro. Por lo tanto, cualquiera que sea colocado en la sede del difunto, parece ser para nosotros por esta razón tanto otro como el mismo.

Tampoco creas que carece de razón que el día primero y octavo se regocije con el prelado suplantado, que en orden es octavo, pero en cumbre es primero. Pues debe ascender los siete

grados mencionados antes, para que después sea elevado con tal honor de primacía. Aquí también el obispo lleva el tipo de Jesús, no solo porque resucitó en este día, sino porque Cristo resucitó en este día para que se manifieste que Él es el principio y el fin, de quien todo fluye, y a quien todo regresa. Primero y octavo, porque es Creador y Beatificador. Él creó, y Él beatificará en la octava edad.

Les ruego, pastores, que consideren cuidadosamente en qué gran honor los ha colocado Cristo, y con qué carga de honor les ha conferido nuevamente. Sean la cabeza del rebaño, para que puedan ser miembros del sumo Pastor, buscando no sus ganancias, sino las de Él, para que puedan recibir los pastos de la vida del mismo, con el pueblo encomendado siguiéndolos. No los haga la ira crueles, ni la gracia blandos, a quienes Cristo llama con alegría, desátenlos del vínculo. Alimenten al rebaño del Señor ahora con pan espiritual, para que Él les conceda disfrutar del pan angélico. Ordenen más con el ejemplo que con la palabra, entonces guiarán por el camino recto a la vida futura, si con hechos y palabras les enseñan a buscarla. Como el gallo se despierta primero con sus propias alas, así luego anuncia el amanecer venidero, así el prelado debe hacer primero lo que diga con la boca, entonces me agrada escuchar. Padres, no desprecien el don de la boca y la mano, se los ruego. También los regalos frecuentes ciegan a los sabios. Eviten la ruina de Simón, la lepra de Lezi. Este astuto pensó que el Espíritu Santo podía comprarse, el infeliz pensó que podría venderlo a muchos, lo que Dios ofrece gratis, pensó que era vendible. Por lo cual, el miserable es arrojado a las profundidades del abismo del infierno, mientras es precipitado desde lo alto al infierno, quien buscando con ligereza las estrellas, cae al Tártaro, incapaz de aterrizar con las plantas quitadas, mientras busca malamente el cielo con alas mal colocadas. Otro también intentó tejer un fraude similar, mientras deseaba vender la salvación concedida por la generosa piedad del Señor, por el mismo mal del que había sido digno de ser liberado. El miserable es castigado con toda su posteridad. Estos ejemplos deben ser temidos continuamente, padres, eviten, consideren a quiénes imponen los sagrados oficios, no despojando a los justos para dárselos a los inicuos, recordando a menudo lo que el sumo doctor ordena al alumno, para que no imponga las manos rápidamente a nadie no probado, ni comunique con actos perversos. Así también ustedes, a menos que sean examinados con un largo examen, eviten confiar las leyes sagradas del ministerio. No se enojen conmigo, lo ruego, venerables padres, porque me atrevo a advertir a los pastores como una oveja enferma. A menudo el Omnipotente revela secretos a los jóvenes, y el Espíritu Divino no está restringido por ninguna ley, el siervo a menudo da un consejo útil al Señor. Estas cosas dichas en exceso sobre el orden del prelado son suficientes, finalmente volvamos a lo que dejamos. Debemos decir qué significa la lectura en pocas palabras.

El séptimo día que se reivindica a sí mismo, porque siete designan a menudo el descanso, pero adaptamos convenientemente seis al trabajo. Pues en este número el buen Autor creó todo, los siglos se dividieron en seis edades, en las cuales se espera el descanso del trabajo continuo. Ni la serie de tomos es despreciable: Cuatro antes de que se haga la consagración sagrada; la quinta se recorre en el mismo artículo del orden; la sexta permanece diurna, que se refiere en el modo habitual. El salmista con voz melodiosa advirtió en cuatro grados a bendecir siempre al Señor con alabanza especial, la casa de Israel y de Aarón, también de Leví, y todos los que temen al Señor de entre las naciones. Israel significa los llamados de la plebe hebrea, la casa ilustre de Aarón revela a los sagrados pontífices, y la amplia casa de Leví expresa a los demás ministros, pero el pueblo que teme al Señor se llama toda la plebe. En estos consiste la multitud fiel, lo que la lectura precedente señala correctamente en cuatro. Estas también se cambian por las cuatro estaciones del año, y se leen en los mismos tiempos convenientes. La quinta siempre se recita de la misma manera y en el mismo orden; de donde

se deduce que no se refiere a un tiempo. Por lo tanto, se refiere especialmente a los hombres que deben ser consagrados, revelando los incendios feroces del horno ardiente, en los cuales el enemigo cruel intentaba quemar a los justos. Sin embargo, el fervor del amor divino no se extingue en ellos, del cual ninguna estipulación del mundo aparta a los piadosos; y aunque el enemigo cruel los presione insistentemente, alimentado por el combustible de los vicios, aquellos que son dignos de Dios y lo invocan, con su ayuda repelen las flechas ardientes; y aunque el tirano se dice que persuadió a doblar el cuello ante los dioses falsos, no puede obligarlos a esto de ninguna manera, pues aquellos a quienes ninguna pasión terrible somete, ni veneran la imagen esculpida con adulación. Para señalar esto, es costumbre en esta oración siempre, después de la que se edita, y se refiere después de ella, que los fieles oren de pie y erguidos, y nadie se preocupa por doblar las rodillas al suelo, mientras los demás se esfuerzan por esto con el ministro proclamante, con las rodillas dobladas y postrados hasta el suelo con todo el cuerpo contrito, orar al Señor también con el corazón, para que se manifieste cuánta es la diferencia entre sus oraciones y las de aquellos que veneran a los dioses falsos, pues se dice que aquellos se postran, mientras estos desean estar de pie. Pero porque siempre se hace mención del horno en estos, es agradable indignarse por lo que podemos extraer de allí, pues no se debe pensar que una repetición tan frecuente sea vana. Nadie puede acercarse al oficio del culto divino correctamente a quien no haya probado una tentación terrible, esto no sin razón se señala con las llamas del horno, lo mismo atestigua la página sagrada de la Escritura: Como el horno ardiente examina el vaso de Samio, no de otra manera la tentación amarga purga al justo, ni aquellos que el Señor elige saben sucumbir, pues Él mismo añade fuerzas a los que confían en Él, quienes cuando han sido vencedores de la lucha, para que puedan alabar excelentemente con los fuegos apagados, y resonar fielmente un himno agradable a Dios. Correctamente pueden ser adaptados a los ministerios sagrados, no considero que se les confíen tales oficios de otra manera, a menos que, probados como en un horno fuerte, aprendan a acercarse a los trabajos celestiales, para que se unan al Rey eterno en el cielo, a quien aquí ministran con corazón devoto, y quien dijo que sus ministros estarían con Él en la fortaleza, esto siempre lo insinúa la mención del horno, seguida del himno con los fuegos apagados, aquí bien luchando, allí cantando en paz.

Omnibus erga illos igitur jam rite peractis, Fulmine mox Paulus illos tonitru excipit, et quae Sint peragenda dehinc hortansque minansque praefatur, Et recte Testamentum Vetus ante sacrandum, Inde Novum legitur Domini jam in sorte redactis, Admoneantur uti vitam moresque novare, Atque novum vetere exuti sectentur hominem, In sortem quicumque Dei transire merentur. Nec vacat hoc Veteris quod primum quinque leguntur Sexta Novi, sed quinque sacrandis, sexta sacratis. Aetates pressae caligine quinque fuerunt, Sexta novo totum respersit lumine mundum. Et quicumque sacris Domino miserante dicantur Officiis, tenebras pellant erroris aviti, Ad lucemque novam studeant migrare necesse est. Quinque per aetates servili quique timore Per servum missa serviebant lege Tonanti, In sexta nati jam dicimur Omnipotentis, Et regale genus, regale sacerdotiumque, Membra Sacerdotis summi Regisque per omnis. Participes autem existant licet hujus honoris, Quique Deum concordia mente fatentur et ore, Praecipue tamen hi qui participare merentur Nominis atque sacerdotis dicuntur et ipsi. Hi vetere ac servili igitur formidine pulsa, Natorum servire magis gratentur amore, Sicque sacerdotes se severissime norint, Ne tamen hinc illos elatio pulset inanis, Quamque graves humilesque ministeria ista requirant. Qui sequitur presso signat modulamine tractus, Quod talis humilem pandat modulatio mentem, Plurima sunt exempla quidem, sed sufficit unum. Vindicat hunc semper sibi quadragesima cantum Quo Christi populus nullo magis tempore semet Submittit, jejunando atque precando benignum; More dehinc solito fiunt solemnissima missae. Cum sibi convenient cuncta haec pulchro ordine rerum. Judicioque his nemo resistere

quiverit aequo, Quantum desipiat liquida ratione patescit, Judicat haec alio quicumque die celebranda, Illo quem statuere Patres temere intermisso, Officium hoc alius cum non sibi vindicet ullus, Et statuta Patrum nulla ratione priorum Vellere conveniat, Paulo doctore jubente; Angelus excelso veniens si fors an Olympo, Et vobis aliud cupiens imponere dogma, Tentet ab hoc fidei deflectere calle, Quam per nos Dominus voluit diffundere mundo, Ac si blasphemum laribus propellite vestris, Nec minus hoc etiam Scriptura fatetur avita: Antiquos fines ne transgrediare parentum. In tumidum fragili cum lintre cucurrimus aequor, Quae licet illisa scopulis, quassata procellis, Littoris optata tandem tellure potitur: Nec vero mirum discrimina plura tulisse, Intentata prius sulcavimus aequora cuiquam; Nam quos Romanae extollit facundia linguae, Antiquis trito nituntur tramite cuncti, Scylleum pelagus Maro remige sulcat Homero, Pindarico vates incedit calle Sabellus, Lucilium sequitur satyrae mordacis amator, Comicus eximio regitur doctore Menandro, At nostram ductor praecessit nemo Thaliam. In scabros impexit ob hoc erronea cautes, Sed spirante Deo Zephyris felicibus acta, Jam portus pleno tandem subit hostia velo.

HIMNO III. De las diversas reglas del cómputo.

El Adviento del Señor no se debe celebrar en diciembre, Ni después de las terceras nonas ni antes de las quintas calendas, Ni la Pascua antes de las undécimas calendas de abril, Ni después de las séptimas calendas de mayo. La Virgen dio señales en el segundo año de su parto, Ahora el gran ciclo se ha vuelto a completar dos veces, Que abarca quinientos treinta y dos años, La Virgen dio señales en el segundo año de su parto, Del ciclo angélico que da las pascuales, Que consta de diecinueve años en total, El año dieciocho fue entonces el tiempo, El ciclo lunar que casi se iguala al versículo, El noveno ciclo solar fue bisiesto, En este tiempo fue la cuarta indicción, El sol y la luna tenían epactas de cuarenta y cuatro, El ciclo lunar ya quiere surgir, Que se extiende por diecinueve años, El ciclo solar comienza en las calendas de marzo, La página del gran ciclo que se llama área, Compacta de los ciclos de Febe y del Sol, Que abarca siete veces cuatro años, Confiere ciento treinta y tres bisiestos, Quinientos treinta y dos años en total. En dos meses del año hay ayunos, En tantos meses hay ayunos, Estos son septiembre, marzo, junio y diciembre, Marzo titula los ayunos desde el miércoles, Junio cuenta las semanas dos veces siete, El término cierto también es el mismo en septiembre, Ni el décimo antes de las calendas de enero. Los expertos atribuyen al año solar un espacio de trescientos sesenta y cinco días, Cincuenta semanas y dos más. El primer concurrente permanece como el único sobrante, Asumes uno así cada año, Que se encuentra en siete, cauteloso de transgredir la ley, Se suman dos en el cuarto año bisiesto. En un año común, el término de la Pascua es siempre el mismo, Subiendo seis, menos dos, Porque el año lunar es tanto menor que el solar, El último año, sin embargo, debe ser exceptuado, Que toma el salto de la luna dos veces seis por razón, El término de la Pascua en el embolismal es siempre el mismo, Descendiendo diez y nueve. El año solar es tanto menor que el lunar, El sol quiere permanecer en cada signo del zodiaco, Por treinta días, diez horas y media, Así completas trescientos sesenta y seis días, El sol recorre tres veces los signos cuando son doce, De las horas restantes haces cinco días, Porque cada día se compone de doce horas, Ya que la naturaleza da todo el día completo con la noche, Pero de la media hora haces un cuarto, Un día en el cuarto año por el que se suma, Que repite seis calendas insertadas por Marte, El año solar supera al lunar en epactas, Que en griego llaman, en latín superaddimenta, Estos se vuelven en los versos pascuales, El principio está en el primero y el fin en el último, Que debe cambiarse en las calendas de septiembre. Un año común consta de doce meses, El embolismal es uno más que doce, Porque un mes se suma entonces por las epactas. El zodiaco está dividido en doce signos, Los meses de los signos son tantos como todos, Febo pasa por cada signo en treinta días, Y diez horas y media, Así se hacen trescientos

sesenta y seis días, Que debes disponer entre doce meses, De las horas restantes haces cinco días, Que no pueden distribuirse, debes darlos a Marte; ¿Por qué a Marte? Porque Rómulo le atribuyó, Estableciendo diez meses con Marte como el primero. ¿Por qué con Marte como el primero? Porque lo veneró como padre. Su sucesor Numa fue el autor de dos más. Si deseas dar el número de meses, sigue esta razón: Toma los días del mes: suma también el número del anterior, Divide por siete el número, dando el sobrante. ¿Por qué por siete? Porque así debe estar la semana, Que se suma a los que no están de otro modo, Si deseas saber qué significa este número, Sumarás los años concurrentes por siete, Para que sepas por ti mismo los días de las calendas, Será un número, ya sea siete o menos o más, Si es siete o menos, así dirás el día, si es más. Resta siete, da el número sobrante a septiembre, Que antes diste a Marte. Comenzando desde aquí, porque así lo quiere la gente egipcia, Si deseas dar el número de meses, sigue esta razón, Toma los días del mes, suma también el número del anterior, Entonces el mes debe restar su lunación. Asigna los sobrantes al mes siguiente, Aprende si no sabes cuál es la lunación de cada mes, En los meses pares la luna es el vigésimo noveno día, En los impares la edad es el trigésimo, cuyo Orden en este catálogo anuncia la medida. Si deseas saber qué significa este número, Sumarás a este número las epactas del año presente, Se obtiene un número de treinta o menos o más, Si es menos de treinta, la luna es completa, si es más, Resta treinta de los sobrantes y queda la edad, Así los otros meses corresponden en horas, Por enero al décimo mes, febrero y noviembre, Marzo a octubre, septiembre es igual a abril. Mayo a agosto, junio es igual a julio. He aquí que sabes qué día es el presente de Febo. Hay dos intervalos legítimos del día. Sin embargo, uno es nocturno, el otro diurno, En este día hay veinticuatro horas, El espacio de las horas indica doce cada hora, Ya propiamente se han añadido tres al espacio diurno Por la mañana, el mediodía y el final cerca de la noche. Así como la mente del pueblo, varía el origen del día, Desde el amanecer de Febo, el caldeo cree que comienza, Pero la gente de Egipto cree que comienza con el amanecer de la noche, El romano cree que comienza a medianoche, Por eso los gallos suelen cantar al futuro del día. La luz que fue primera, comenzó a preceder a la noche, Anunciando la alegría de Adán antes de la caída, Que bien formado cayó bajo la noche de culpa; Ahora la luz sigue a la noche, venciendo en la cruz la muerte, Restaurando al hombre que sufre las tinieblas de la vida. El orden de los planetas varía la serie de los días, Porque a los poetas les pareció bien llamar a los días por los dioses. El tercero era de Marte, el cuarto de Stilphon, Entonces llaman a la quinta de Júpiter, la Joviana. La sexta era de Venus, la última del padre de los dioses, A estos dioses añadían lo que creían que consistía, Júpiter ayudó a la templanza, Marte al arte de Cyllenius, El sol con el espíritu, Marte con la sangre, la luna con el cuerpo, O dio el humor, Venus el fuego de la lujuria. Según nuestra costumbre, los días se llaman ferias, Creemos que feria se llama así por hablar, El primer día fue de este nombre en otro tiempo. En el que es lícito hablar, y al mismo tiempo descansar, O porque Dios dijo que todo se hizo cuando creó. Hacemos que la semana conste de siete días, Que Egipto suele llamar tiempo de tantos años. Los días son festivos, profanos y feriados, Además se llaman fastos y nefastos, Son festivos de los hombres, por alguna causa profanos. El mes es griego, derivado del nombre de la luna, Del nombre de la luna, porque menes es luna en latín. Por sí mismos, los tiempos del año están divididos en cuatro, Cuya nomenclatura es primavera, verano, otoño e invierno, El Titán miraba al norte en el tiempo de la primavera, Porque este tiempo suele igualar las noches con los días, En las calendas de marzo estarás en el octavo día de su origen, Durando noventa días y uno. Cuando el norte se calienta por el sol, pronto es verano, El tiempo nocturno se acorta al alargarse el diurno, Junio ordena que entre en las calendas del octavo día, Durando noventa días y uno, El verano se establece por el fuego, la primavera y la sequedad. El otoño suele igualar las noches con los días, Y desea llegar en las calendas del octavo día de septiembre, Durando noventa días y tres, Así se establece siempre por el frío y la sequedad. El invierno devuelve el frío cuando el

sol está casi ausente, Cuando el tiempo nocturno es largo y el diurno es corto, Que comienza en las calendas del octavo día del décimo mes, En el tiempo de noventa días, Esta se establece siempre por el frío y la sequedad. El año tiene una alegoría sobre esto en la iglesia, El invierno designa las incomodidades de la iglesia, Cuando hay tormenta con hielo, nieve y torbellino, El verano es el descuido de la fe y la venganza de Cristo. En el que la doctrina se seca por la sequedad: La primavera es la novedad de la fe después de la violencia de la nieve y el hielo. Para nosotros, el cordero pascual que fue sacrificado, Cuando llega el otoño, la cosecha del año fértil, Ofreciendo a la iglesia de los santos venerables. Dicen que la primavera es el tiempo en que todas las semillas reverdecen, Cuando las vides brotan y la tierra se viste de hierbas, El verano es el tiempo en que el calor arde en todo, Creemos que el otoño se llama por la tempestad Cuando caen las hojas, y todo está en su tiempo, El invierno lleva el nombre en un hemisferio, Porque entonces el sol suele girar en un espacio más corto, Se llama bruma o porque es breve, o por la comida Por eso suele llover para saciar el apetito, Sin embargo, el espacio invernal se llama por una parte, La primavera compuesta como si dijeras invierno, La primavera, el verano y el invierno tienen tres meses, Por lo tanto, los meses están divididos según, La primavera, el verano y el invierno son adultos, no precipitados Así el otoño es nuevo y precipitado y adulto, Cuando llega el otoño, la enfermedad crece en exceso por todas partes, Porque el calor y el frío se encuentran y corrompen el aire. No menos sufridos, los gentiles antes de ser heridos, Atribuyeron a Júpiter como los tiempos de los cuatro años Materia variada, no forma cuatro urnas, Hechas de plata, hierro, vidrio y plomo, Este cráter de Júpiter de plata lleva la primavera, El de hierro lleva el verano de Vulcano y el fuego. El de vidrio lleva el otoño de Juno y la abundancia. El vaso de plomo lleva el invierno y la muerte de Saturno. La noche es la ausencia del sol cuando las tinieblas surgen. Los filósofos dicen que la noche nace. O porque el sol exhala sus fuegos débiles al inclinarse, O porque lo que está arriba se empuja hacia abajo en la tierra, La noche tomó su nombre porque obstaculiza la vista. El espacio del solsticio, llamado así por la estación del sol, Porque mientras el sol está quieto, crecen las noches o los días, El solsticio de verano en cáncer, el de invierno en capricornio, Así hay dos solsticios, dos son en noches iguales. Porque la noche y el día tienen horas iguales, El equinoccio de otoño en libra, el de primavera en Aries. El primer mes, llamado por el nombre de Jano, Que en otro tiempo fue el dios del año según la costumbre gentil, O porque es la puerta por la que entra y sale el año, Por eso ahora lo llamamos frente. Febrero es Plutón, de donde el mes de febrero, Porque él estaba entre los dioses y este entre los manes. Marzo debe su nombre a Marte, Dicen que también porque une muchas cosas al marido, Este fue el principio del año y el mes de los nuevos. Abril se llama así por derecho porque es el mes de abrir, Cuando las plantas dan brotes y los animales prole. El campo sin nieve, el cielo sin nubes, el mar sin tormenta. El campo vuelve a los agricultores, el cielo a los astrólogos, el mar a los navegantes. Mayo se llama así por Maia, madre de Hermes, Estos lugares están asignados para los embolismos. El primero lo recibe septiembre y el segundo diciembre, El sexto agosto, el quinto noviembre, Cada uno permite tener cuatro nonas, El día de las nonas de marzo toma el anterior. A las tres y seis de marzo toma el séptimo de las nonas, El primero de enero mata, el séptimo al final daña, El cuarto de febrero mata, el tercero al final daña, Marte, tu frente es una lanza, cerca del final el cuarto es una serpiente. Abril marca el décimo, señala el undécimo cerca de la cola, El tercero es la muerte de mayo, pero el séptimo cerca del final, Junio golpea en el décimo y el quince desde abajo. El segundo desde el undécimo es una serpiente de julio, el noveno desde allí, El primero de agosto golpea y el segundo desde el final, La aguja de septiembre está aquí el tercero y allí el décimo. La aguja de octubre está aquí el tercero y allí el décimo. El quinto mata la cabeza, pero el tercero al final de noviembre, La séptima de la frente marca el último orden del décimo. El orden de diciembre se dispone en el sexto, Con tres nonas y dos veces ocho calendas Julio es igual a marzo y mayo, y la octava lluvia En seis nonas y siete y diez de

diciembre, Junio, abril, septiembre y también diciembre. Con tres nonas, tres veces cinco y tres calendas. Con tres nonas febrero y dos veces ocho calendas. Los meses concuerdan con las idus de octubre, Por lo tanto, los meses tienen treinta y dos días, Febrero es el único con veinte y ocho días. En cada uno de los restantes, cuatro veces ocho días menos uno. Si deseas saber qué feria es cada calenda, Compondrás estas ferias con los concurrentes. Enero da tres a mayo, junio da seis a febrero. Siete a septiembre, diez a marzo, cinco a noviembre, Abril te defiende con julio uno. Cuatro toma agosto, octubre dos solo. Si bien consideras qué luna es cada calenda. Lanzas estas lunas a las epactas, Septiembre tiene cinco, la octava lluvia tiene cinco, El noveno tiene siete, el décimo dará los mismos. Abril da diez a febrero, marzo da tres a enero, Mayo está en once, junio está en doce, Agosto tiene dos veces siete, julio tiene diez y tres. El tiempo que tiene la apariencia de la eternidad lo da el movimiento del mundo. Constante en el pasado, presente y futuro, Por eso se llama tiempo, porque regula el mundo, La razón lo prueba, porque el orden del tiempo es triple, Por mandato de la naturaleza o del autor o por mandato. El sol y la luna hacen su año por mandato de la naturaleza, El sol por cinco días, trescientos diez veces seis, Con un cuarto de día completo añadido, Por tantos días de luna irás en años comunes, Si este espacio es de seis y cinco días, Creces en años embolismales por treinta. El mes como se usa es de dos veces tres y cinco días. Pero este uso no es uso, sino abuso. Porque ni la luna ni el sol hacen así su curso, El curso de la luna, salvo la razón del salto, Se dice que es menor en doce horas. Y el retraso del sol es de diez horas y media. Se debe tener en cuenta la fuerza divina o humana del autor. Por el edicto del Señor que establece las leyes de Moisés, El séptimo año quita el trabajo del campo al judío, Por la gravedad de las cosas mortales que manda. Los romanos repiten los juegos después de cuatro años, Y estos mismos cuatro recibe febrero en el año. El tiempo está en los átomos, momentos y minutos, Partes, ostentos, puntos, cuadrantes, horas Y días y semanas y meses, años, Y también lustros, siglos, edades, Átomo en nuestra lengua significa indivisión, Hay cinco causas en las que suele estar el átomo, El sol, el número, el tiempo, también el discurso y el cuerpo, El átomo en el sol, quiere ser una mota de polvo. El átomo en el número, es el origen de la unidad. El átomo en el tiempo, es como un rápido parpadeo. El átomo en la voz, es una letra por sí sola. El átomo en el cuerpo, al que apenas le queda color. El átomo del ostento, debe ser toda la porción; Se hace trescientas veces o dos veces dos, dos cuarenta. El ostento es verdaderamente la décima parte de la hora. La hora se compone de cinco puntos, dos veces cinco minutos Tiene seis ostentos diez veces, partes quince, Se hace por moneda cuatro veces, esto es diez setenta, El punto tiene tres partículas, dos minutos, Ocho momentos y doce ostentos juntos. Desea dar uno, la parte doble de hemi, el minuto, Haciendo dos veces dos momentos y seis ostentos, Cuatro ostentos son una parte retenida, Y dos momentos son dos partes y desde abajo, El momento suele dar un ostento y medio y uno, El sol da la hora con cinco puntos, la luna con cuatro.

HIMNO IV. De todas las obras de Dios.

Primero Dios creó el globo del cielo Y la masa de la tierra, Pero la tierra estaba oculta en sombras El abismo la cubría: Pero a través de los días de las edades Del tiempo que fluye, Adornó el mundo, y el éter, Y toda la máquina del mundo. El Creador del siglo en el primer día Expulsando las tinieblas, Aún oculto en las aguas Iluminó el mundo con luz. Con los gozos de la luz bendita Llenó a los habitantes del mundo, Pronto el Altísimo en la edad El Creador del siglo en el primer día Se coloca entre los cielos, El gran globo del cielo de Dios, y se divide El agua fluida a ambos lados. En el primer tiempo de la segunda edad El arca mística, De aquí y de allá concurren Se coloca entre los cielos. En el tercer día del siglo brillante, El abismo fluido bajo el éter Se asienta, y aparece la tierra verde. La descendencia elegida de Abraham De los mares de los infieles, En la edad floreciente brilló En el tercer día

del siglo brillante,El cuarto día brillaba la luz de los astros sublimes,En el cielo y en la tierra la gracia de la luz se dará.El pueblo hebreo en el reino davídicoResplandeció ilustre,En la edad revelando los actosEl cuarto día brillaba la luz de los astros sublimes.Una nueva raza se engendra En el quinto día de las aguas clarasNaciendo de las aguas de los nadadoresY de los voladores bajo el cielo.En la quinta edad en CaldeaCon Judá expiando su pena,De los infieles de los fielesUna nueva raza se engendraEl hombre fue creado en el sexto día,De su Creador Dios,Que llevando su imagenSiempre viviría bendito.El supremo Creador de todos,Por quien el hombre fue creado,En la edad el Hijo de Dios,El hombre fue creado en el sexto día, A Adán durmiente se le forma una espléndidaMujer, de su hueso,De su carne carne produciendo.De la carne propia de Cristo,Y del misterio de la sangreYa la esposa nació en la cruzA Adán durmiente espléndida.Después de las obras sublimes el CreadorEn el séptimo día descansando,Ordena que se llame por los siglosY sea el Sábado.La séptima edad de descansoDespués de esto será el siglo futuro,Donde descansará con los suyos Después de las obras sublimes el Creador.La octava queda más sublime que las demás edades,Cuando los muertos de la antiguaTierra resuciten del polvo,Y el rostro de Cristo perpetuamenteLos justos verán amable,Y serán como ángelesResplandecientes en la fortaleza celestial,Que nos mostró el camino hacia ÉIEl mismo que nos precedióNacido de madre virgenDios e Hijo de Dios.Pues destruyendo la muerte con la muerte En el sexto día sometióDescansó en el Sábado,En el corazón de la tierra sepultado;El primer día de la vida del SábadoAbriendo la puerta al resucitar,Con sus seguidores regocijándoseSubió al trono del Padre.Y en las seis edades de este sigloNos exhorta,A llevar nuestra cruzY vencer todo derecho de muerte.Entraremos después de todoLas batallas del mundo vencidas,Libres de las ataduras de la carne Al Sábado de la vida eterna.Seguirá un Sábado sin fin,Que no se cerrará con ningún término,Cuando la inmortalidad de la carneNos sea devuelta eternamente.Así con el doble gozo de la carne y el espíritu,Subiremos a las celestialesMurallas del reino eterno.A donde te pedimos que nos permitas llegar,Santa Trinidad,Conocerte como el únicoDios verdadero por los siglos. Gloria, etc.

HIMNO V. De la Natividad de los Inocentes.

Himno cantando de los mártires

Digamos de los Inocentes,

Que la tierra llorando perdió,

Pero el cielo gozoso recibe.

Cuyos rostros los ángeles contemplan

Del Padre por los siglos,

Y alaban su gracia,

Cantando himnos de los mártires.

A quienes el rey impío mató,

Pero el piadoso Creador recoge,

Colocándolos con los bienaventurados,

En la luz del reino eterno.
Quien mansiones a cada uno
Concedió en la casa del Padre,
Otorga asientos celestiales,
A quienes el rey impío mató.
A los niños de dos años e inferiores
La ira de Herodes golpeó,
Y los confines de Belén
Roció con sangre santa.
Brilló para Cristo la muerte
Inocente de los fieles,
Los ángeles llevaban al cielo
A los niños de dos años e inferiores.
Una voz en Ramá se oyó,
Lamentos de gran duelo,
Raquel lloró a sus hijos
Empapada en lágrimas.
Gozan en triunfo perpetuo,
Quienes vencieron tormentos,
Cuyo gemido por los azotes
Una voz en Ramá se oyó.
No temas, pequeño rebaño,
Los dientes del león traidor,
Pues el buen Pastor os dará
Pastos celestiales.
Cordero de Dios, que sigues
El camino puro del mundo,

Las manos impías del ladrón
No temas, pequeño rebaño.
Enjugará toda lágrima
El Padre de vuestros rostros.
La muerte ya no os dañará
Recibidos en los muros de la vida.
Quienes siembran con lágrimas,
Cosecharán con gran gozo,
El Creador de los que lloran
Enjugará toda lágrima.
¡Oh, qué ciudad tan bienaventurada,
En la que nace el Redentor,
Y en la que las primeras ofrendas
De mártires se dicen al nacido!
Nunca serás llamada pequeña
Entre las ciudades por millares,
De la cual surgió un nuevo líder,
¡Oh, qué ciudad tan bienaventurada!
Resplandecientes con vestiduras
Brillantes están ahora ante su trono,
Quienes lavaron sus estolas
En la sangre del Cordero.
Quienes por el reino eterno
De la patria lloraron,
Felices con alabanzas a Dios
Resplandecen con vestiduras brillantes.
Gloria, etc.

HIMNO VI. De la Ascensión del Señor.

Cantemos un himno de gloria,
Resuene ahora un himno nuevo,
Cristo con un nuevo camino
Asciende al trono del Padre.
Pasa con triunfo de gloria
Poderosamente las cumbres del cielo,
Quien con la muerte asumió la muerte,
Burlado por los mortales,
Pues los umbrales de la muerte cruel,
Las sombras ciegas del infierno
Iluminando con su poder
Ató al príncipe de la muerte,
Y a quienes en sus obras
Y fe elegidos conocía,
A todos de las fauces del Averno
Salvó de los feroces.
Y la puerta de la vida alegre
Abre el Redentor a todos,
A quienes la amarga ley del cuerpo
Privó de la vida piadosa.
¡Oh, maravillosa claridad de las cosas!
Es admirable la virtud del Salvador,
La gracia gemela que destruye
Los reinos de la muerte:
Pues a muchos de las puertas del infierno
Con su espíritu devolvió,
Y a muchos con su propio cuerpo

De las fauces de la muerte rescató.
Para que al resucitar de entre los muertos
Sonaran las alegrías de Cristo,
Dos coros pascuales
De vida nueva alegrándose.
Dos cohortes al cielo
Siguiendo a Cristo ascendieron,
Y en los asientos perpetuos del cielo
Entre los ángeles se establecieron.
Por tanto, todos con alabanzas
Llevemos este día,
En el que el victorioso Jesús
Busca las puertas del brillante Olimpo,
Donde para nosotros mismo ante el Padre,
El bienaventurado precursor,
Y muchas mansiones
Preparó el Creador del cielo.
Donde toda la multitud
De los fieles desde el siglo
Al abrir Cristo la regia del cielo
Subió.
Estaban en el admirable
Triunfo del Rey los altos tronos
Conjuntamente con el grupo celestial,
Buscando el cielo las huestes.
Los apóstoles entonces en el monte místico
De la unción, con la madre virgen clara
Veían la gloria de Jesús.

Y siguiéndolo con luz
Alegre, al que busca las estrellas
Con corazones alegres por los aires,
Conducen al rey del siglo.
A quienes los ángeles hablando,
¿Qué estrellas estáis mirando?
Este es el Salvador, dicen,
Jesús noble en triunfo.
De vosotros a los cielos.
Quien ahora ha sido asumido al reino,
Vendrá de allí al final del siglo
Como juez de todos.
Dijeron esto, y sin demora
Unidos a los coros felices,
Con el rey de reyes resplandecientes
Se aproximan a las puertas del Olimpo.
Entonces una voz de ángel emitida:
Puertas, dice, ahora abrid,
Y entrará el Príncipe de la paz
Y Rey de gloria perpetua.
Respondió esto desde lo más íntimo
Una voz de los muros de la ciudad santa:
¿Quién es este rey de gloria,
Que entra por las puertas del cielo?
Nosotros siempre en los cielos
A Cristo solemos ver,
Y con el Padre en igual

Gloria nos alegramos.
Pero el heraldo del gran juez:
El Señor es poderoso y fuerte,
Quien derribó al oscuro en la batalla
Triunfando sobre el príncipe del mundo.
Por tanto, elevaos,
Puertas eternas del cielo,
Entre el Rey de gloria
De virtud y gracia.
Aún maravillada la sala
De los ciudadanos celestiales pregunta:
¿Quién, dice, es el Rey de gloria,
Este rey tan laudable?
Pero la trompeta del Señor
Responde: El Creador de todo,
El Altísimo de las virtudes, y él
Mismo resplandece como Rey de gloria.
Dichas estas palabras, el rey de gloria
Con su glorioso ejército,
Entró en el reino sublime
De gloria en el cielo.
Donde mansiones a cada uno,
A quienes de las profundidades del infierno
Había rescatado, por sus actos
Concedió el piadoso.
Y él mismo pasando todo
Las cumbres del cielo resplandeciente,
A la derecha del Padre se sentó

El Hijo coeterno.
Vendrá de allí en gloria,
A juzgar a vivos y muertos
Por sus actos,
Con justo poder de examen.
Por lo cual en ese tiempo te rogamos,
Jesús Redentor único,
Entre tus siervos en el cielo
Benignamente agrégame.
Danos allí con devoción
Constante tender,
Donde creemos que te sientas con el Padre
En la cima del reino.
Allí a nuestros corazones,
Llenos de tu Espíritu,
Muéstranos al Padre, y nos basta
Esta única visión.

HIMNO VII. En el Natalicio de Santa Inés.

Iluminó a los siglos el día
Bendito de la virgen,
Que vencida la muerte
Recibió las alegrías de la vida eterna.
Inés entró triunfante
En la regia dorada del cielo,
Y unida al dulce Cordero
Se congratula en las bodas.
Admitida entre los castos

Coros de vírgenes en la cima del cielo,
Un nuevo cántico al Padre Dios,
Y al Hijo entona.
Ya digna de tal premio,
Que las prosperidades efímeras del mundo,
Y las pompas sórdidas del siglo
Por amor a Cristo despreciaba.
Golpeada también por los ásperos
Dardos de las adversidades,
Fuerte en la fe persevera,
A Cristo a quien una vez se había consagrado.
El feroz enemigo de sus miembros
Le quitó el manto a la joven,
Pero la estola del corazón
Nadie pudo arrebatarle.
Cristo, quien también exteriormente
Envía la túnica a la virgen,
Enseñándole que con el íntimo
Lino de la verdad está vestida.
Introducida en la casa de la suciedad,
Libre de suciedad está la mártir,
Y del lugar de prostitución
De repente se hace lugar de oración.
Iluminado desde el cielo
El escondite de los demonios,
Y expulsado el príncipe de la muerte
Se ve el ministro de la vida.
Los justos prueban las maravillas,

Y honran a Dios por la mártir,
El burlador del milagro
Pronto es castigado con muerte digna.
A quien de las puertas del infierno
La bienaventurada mártir resucitando,
Así por los Lares, y las puertas
De hierro vuela hacia las estrellas.
Donde la gloria de su Creador
Contempla por los siglos
Y entre los ciudadanos de la patria
Celestial canta himnos.
Gloria, etc.

HIMNO VIII. De la Natividad de San Juan Bautista.

El alto precursor de la Luz,
Y pregonero del Verbo nace,
Alégrate, corazón de los fieles,
Y recibe gozoso la luz.
Maravillosa es su natividad
Que por el ángel
Se dio a conocer a los padres
Ya dotados de fe piadosa.
A quien el sublime nombre
Juan mismo Gabriel
Impone, y clarísimos
Sus actos predice.
Quien aún pequeño en el vientre
De su madre, retenido,

Recibió el espíritu
De la gracia divina,
Futuro testigo de la gracia.
Y aún no nacido ya dio
Testimonio de la luz,
Que nacido admirablemente
Cumplió en gloria.
Este a muchos de Israel
Sometió a la fe de Cristo,
Y los corazones de los padres a los hijos,
Enseñando las cosas celestiales, trasladó.
En el espíritu de Elías
Vino el profeta, a preparar
El camino a Cristo y a los pueblos
Abrir el camino de la salvación.
Por lo cual entre los hijos de las mujeres
No hay profeta mayor,
Y él mismo con admirables actos
Más que profeta brilló.
El bautismo de penitencia
Que predicaba y daba,
Y las turbas a la gracia de Jesús,
Para iluminar, ofrecía.
Y a Jesús mismo, quien todo
Lava en el Espíritu Santo,
Purifica, en el Jordán
Sumergió en el flujo del río.
Y al bautizado enseguida

Vio el cielo abierto.
Con su bautismo nos abre
La regia del cielo.
Y en forma de paloma el Espíritu
Sobre él descender vio,
Quien sin engaño
Busca las mentes simples.
Y oyó la voz del Padre:
Este es mi Hijo amado
Desde el siglo, dijo, en quien
Me he complacido.
Instruido por estos oráculos
El Bautista predica a Jesús
Nacido de Dios, quien en el Espíritu
Santo a los fieles lave.
¿Qué más puede nuestro canto
Decir de sus alabanzas?
De quien la voz del Padre al Hijo
Antiguamente habló y predijo:
He aquí que envío, dijo, mi ángel,
Que prepare tu camino,
Y delante de tu rostro
Preceda como el lucero al sol.
HIMNO IX. De los apóstoles Pedro y Pablo.
La gloria de los apóstoles
Cantemos con himnos debidos,
Dediquémonos con votos anuales,

Jesús, favorece a los que rezan,
Simón Bariona Pedro,
Y el Doctor de las naciones,
Las alegrías festivas de los siglos
Consagraron con su sangre.
La hora de su tránsito unió
Buscando las puertas del cielo,
A quienes una siempre caridad
Retenidos en el mundo unió.
Las diversidades de las naciones
Por largo error disonantes,
A la gracia de la verdad
Con palabras consonantes atraían.
El príncipe sagrado de la Iglesia
En el monte a Jesús contempla.
Y la voz del Padre de la cima
Del cielo ígneo escucha
Ascendiendo al cielo resplandeciente
La tercera parte Pablo dijo,
Secretos que a otro
No le es lícito revelar.
Los pasos de Cefas por las aguas
Cristo sostiene con su diestra,
Cristo a los suyos, para que el mar del siglo
No los hunda, levanta.
Los peligros de este siglo
Vencer con la fe de los creyentes
Pablo enseña, ya salvando

A los náufragos compañeros de las olas.
Desde las profundidades Simón de las olas
Del mundo a los fieles extrayendo
Para liberar a los buenos peces,
A la patria de la luz los lleva.
En los campamentos de este siglo
Permanecer justos como habitantes,
Pablo enseña, tiendas
Convenientes a los campamentos tejer.
El paso de la sombra de Simón
Levanta a los cansados de enfermedad,
Limpia el contagio de la lepra,
Y a los cojos con paso fortalece.
El gran maestro de las naciones,
Los furiosos espíritus oscuros,
Y toda enfermedad por sus
Poderosos pañuelos expulsa.
La noche encierra a ambos en prisión,
Pero con plena luz del cielo,
Ven las sombras y las cadenas,
Ven la gloria de Cristo.
Los cuerpos oprimidos por la muerte
A las auras de la luz resucitan,
Y los justos a los enemigos traidores
Ocultan en las tinieblas del infierno.
Con el resplandeciente
Sangre del Cordero lavaron sus estolas,

Probando el cáliz de la muerte,
Triunfan sobre el príncipe de la muerte.
Cuánto desea seguir
Pedro las huellas de Cristo,
A quien no teme venir
Por la áspera escalera de la cruz.
La entrada del reino eterno
Pablo por la espada regia,
Pues quien teme a Dios la cabeza
Con gusto da al hierro.
Así los príncipes de la Iglesia,
Así las verdaderas luces del mundo,
Con el noble triunfo de la muerte
Tomaron la palma de la gloria.
Cuyos trofeos insignes
Ahora Roma feliz contiene,
Cuyas coronas el ámbito
De todo el orbe celebra,
Nuestra voz hacia ti, Dios,
Nuestros corazones te entonen,
Y a ti, admirable en tus obras,
Te alabe todo el siglo.
Cristo, te rogamos, a quienes
Con alabanzas jubilosas decimos,
De estos disfrutar nos permitas
De sus resplandecientes visiones.
Con himnos por el cielo y dulces
Alabanzas de los apóstoles.

Nuestro coro aquí resuena
Con salmos melodiosos y dulces,
Benigno, con el cinturón de oro
De la castidad, ciñe
Para que viéndote con alabanzas
A ti perpetuamente nos dediquemos.

HIMNO X. De la Pasión de San Juan Bautista.

El precursor piadoso de la gracia,
Y ángel de la verdad,
Lámpara de Cristo, y perpetuo
Evangelista de la luz.
Las alabanzas de la profecía,
Que con voz, vida y actos
Cantaba, las confirma
Con el sello de la muerte sagrada.
Pues al que había de nacer en los siglos,
A quien naciendo precedió,
Y al que había de bautizar con su
Bautismo mostró.
La muerte inocente de este,
Por la cual la vida al mundo fue devuelta,
La señala con el presagio
El Bautista mártir de la sangre.
A quien con cadenas y cárcel
El feroz tirano encerró,
Pero ninguna cadena daña,
A quien los dones del corazón elevan.

Quien ve la gloria de Cristo,
Quien los carismas del Espíritu,
No le aterran las tinieblas de la cárcel
Ni el castigo del cuerpo.
La santísima cabeza con gusto
Ya ofreció para ser cortada,
Ni perdió la piadosa cabeza,
Sino la cabeza a quien Cristo es.
El espíritu del piadoso exulta
Dejar los miembros,
Para que los dones de la sagrada
Precursoría así complete.
Pues a quien permaneciendo en el cuerpo
Mostró a los vivos,
A este ya muerto a los muertos,
Cristo venir predica.
Los infiernos se asombran
Con el nuevo anuncio de la liberación,
Los coros de los fieles se alegran,
Junto con los pueblos de los padres.
Los justos profetas y mártires,
Y quienes a Cristo desde el siglo
Con corazones puros amaban,
Con piadosos actos lo veneraban.
Todos con las dulces palabras de Juan
Se alegran,
Y piden a Cristo que pronto
Venga a sus siervos.

Precursor piadoso, di
¿Cuándo crees que vendrá,
Aquel advenimiento que está cerca,
Desciende, Jesús, y rescata.
Finalmente el Redentor apareció,
Y reuniendo a todos en uno
Llevó a los piadosos de los infiernos
Y los introdujo en los reinos del cielo.
Así el mejor predicador,
Y gran precursor de Cristo
Después de que retenido en el cuerpo,
Después de que cantaba a los muertos.
Conduciendo Cristo al cielo
A todos los coros de los fieles,
Con los demás en las alegrías
Perpetuas él mismo entró.

HIMNO XI. En el Natalicio de la Santa Madre de Dios.

Asiste, Cristo, a nuestras voces,
Presente en nuestras mentes,
Con tu diestra benigna
Protege a los coros que cantan.
Tú que naciste de la Virgen,
Por la gracia de nuestra salvación,
Danos corazones puros,
Danos miembros castos del cuerpo.
Y tú, bienaventurada sobre todas,
Virgen María, entre las mujeres,

Ilustre Madre de Dios,
Favorece nuestras alabanzas.
Cuyas vísceras castas
Dedicadas al Espíritu Santo,
Del linaje de David,
Llevaban al Rey del siglo.
Bienaventurados tus pechos
Llenos del supremo don
Alimentaban en la tierra
La única gloria de la tierra y el cielo,
Que en los sagrados festivales de la ley
A los altos umbrales del templo,
Al Príncipe de la sala celestial
Llevaste en dulces brazos.
A quien en tu seno ya pequeño
Los magos viendo oculto,
Rey y Dios máximo
Con votos devueltos rezan.
Llevando a Cristo a la tierra de Menfis,
Que los sagrados del numen transformas,
Y los extranjeros ven a Dios,
A quien su patria expulsa.
Que triste buscas con José
El gozo del mundo,
Y en la casa del Padre
Alegre sentado lo encuentras.
A cuya petición en las bodas místicas
Cristo sentado,

El agua en el alma transformó
En copas de vino rubio.
Cuyo piadoso espíritu
Atravesó la espada del dolor,
Cuando veías morir
Al Dios nacido de tu cuerpo.
A quien el Hijo del trueno,
Desde la cima de la cruz,
El Autor del cielo encomienda,
Para que la virgen guarde a la virgen.
A quien ya ves con el alma
En la gloria del resucitado,
Después de las terribles cadenas de la muerte,
La gloria del resucitado.
Que ves la luz del cielo,
Ir a la diestra del Padre,
A quien desde el seno del Padre
Viste ir a la tierra.
Sublime entre los resplandecientes
Astros de los apóstoles,
Llama, y llena del Espíritu Santo
Cantas alabanzas.
La alabanza a Dios que suplicantes,
Cantando a Cristo, rendimos,
Madre de Cristo, y tu
Intercesión la recomiende.
Los himnos que a la Virgen sagrada,

Y a la casta Madre dedicamos,

Emmanuel, tú recibe,

Y a tu pueblo libera.

HIMNO XII. En el Natalicio de San Andrés.

Ahora las solemnidades de Andrés

Cantemos con voces alegres,

La gloria del apostolado

Que adorna con el triunfo de la sangre,

A quien mientras echaba la red

En las aguas turbias para los peces,

Cristo llamó con sus hermanos

Al reino del cielo.

Y envió a las naciones

A extender la palabra de salvación,

Y de las olas del siglo

A elevar las mentes crédulas.

Quien pronto con la lámpara de la fe

Mientras ilumina las costas de Grecia,

Y resplandeciente de Cristo Dios,

Las sombras del error disipa.

El duque aqueo con armas

Ataca las armas de la luz,

Pero el soldado de Dios valientemente

Repele el ataque del enemigo.

Revela los misterios de la cruz,

Que las cadenas de la muerte antigua

Rompe poderosamente,

Y al mundo la vida concede.

Refiere la ofrenda del Cordero,
Quien nos libera del enemigo,
Y la vida bienaventurada más allá del cielo,
Y el reino perpetuo con él.

Encerrado en la oscura cárcel
El ministro de la luz, las doradas
Vías de la paz al cielo
Abre a las multitudes del pueblo.

Azotado siete veces,
Ríe de todos los tormentos,
Que ya lo llenaban
Los siete dones del Espíritu Santo.

Finalmente elevado en la cruz,
Dejó la tierra sucia,
Y con pasos puros y felices
Buscó las puertas del cielo.

La ciudad santa lo recibió,
Y nuestra madre de todos
Gozosa del mártir de Cristo,
Y del gran apóstol.

Se regocija todo el coro
De los ciudadanos celestiales,
Viendo las perennes
Solemnidades de Andrés.

HIMNO XIII. En la misma fiesta a la cruz.

Salve, trofeo de gloria,
Salve, sagrado signo de victoria,

Por el cual Dios muerto
Redimió al mundo.
Oh gloriosa cruz resplandeciente
Con virtudes brillantes,
Que Cristo mismo consagró
Con los miembros de su cuerpo.
Antaño al género mortal
Con pálido miedo oprimías,
Pero ahora llenas a los fieles
Con amor alegre los corazones.
He aquí que es el juego de los creyentes
Gozar de tus abrazos,
Que tanta alegría engendras,
Abres las puertas del cielo.
Que después de los miembros del Creador,
Para nosotros más dulce que la miel
Te has hecho y preferida
A todos los honores del mundo.
Ahora me alegro de acercarme a ti,
Con los brazos de la caridad
Te abrazo, a las alegrías celestiales
Asciendo por ti.
Así tú con gusto me recibes
Siervo del alma de aquel,
Quien me redimió por tu
Gloria el gran Maestro.
Así habla Andrés viendo
Los brazos de la cruz levantados,

Y entregando su vestidura al soldado,
Es elevado al árbol de la vida.
Ni cesa desde la cruz
De enseñar a la multitud presente,
La vida eterna con Dios,
Y el reino del cielo abrir.
Cuyo juez ya con fe ferviente,
Y la multitud aterrorizada,
Promete liberarlo de las cadenas
De esta muerte oscura.
Pero Andrés las vías del cielo,
Y al Rey del cielo, y de los dulces
Ciudadanos frecuentes
En la fortaleza celestial contemplando:
Jesús, te ruego, buen Maestro,
Desde esta cruz,
Que nadie me quite vivo en el cuerpo
Con las cadenas sueltas,
Antes de que mi espíritu
De la carne arrebatado hayas asumido.
Y en los muros de la patria,
A la que sirvo, me hayas colocado.
Dijo esto, y desde las sedes celestiales
Una luz enviada,
Rodeó al fortísimo
Mártir de Cristo con resplandor,
Y un esplendor más claro que el sol

Permaneciendo mucho tiempo,
Qué palma o qué gloria
Sigue a la cruz enseña.
Pero pronto a las alturas del cielo
Regresado, el espíritu del alto
Apóstol consigo lleva
Desatado de los nudos del cuerpo.
Donde con tus fieles
Jesús, los cánticos de triunfo
El victorioso bienaventurado del siglo,
Gozoso en la eternidad entona.
Donde entre las huestes
De los sublimes felices,
Danos, Cristo, la suerte a los pequeños
Que te cantan himnos.